

¿Fe en los jóvenes?: razones de viejos!; o cómo el progreso sintoniza con la tradición

ALFREDO ALONSO GARCÍA¹

Universidad de Cantabria

Planteamiento del artificial “combate” contemporáneo entre progreso y tradición

Paul Ricoeur (1913-2005) cataloga a Karl Marx (1818-1883), Friedrich Nietzsche (1844-1900) y Sigmund Freud (1856-1939) como los máximos representantes de “la escuela de la sospecha”². Aunque acuñadas a partir de la segunda mitad del siglo XIX, sus filosofías todavía ejercen al igual que a lo largo del siglo XX un fuerte influjo sobre la configuración de la sociedad contemporánea. Resumidamente, la “escuela de la sospecha” persigue que cada voluntad humana adquiera la “liberadora” actitud de la desconfianza constante, tanto sobre el ser de la realidad como sobre cualquier acto humano susceptible de evocar la existencia de verdad. Esta predisposición intelectual y volitiva hacia el recelo permanente todavía permanece en el momento presente actual. De modo que aún hoy se sigue promoviendo esta monocorde filosofía “de la sospecha” y “de la nada”, caracterizada por un generalizado miedo, pesimismo, individualismo, egoísmo y orgullo (*hybris*), que idealiza de manera distorsionada al individuo, simplificándolo a una entidad tan competitiva como excluyente en la búsqueda de su única y sola satisfacción de necesidades ma-

1 Alfredo Alonso García (Santoña, 1980) es licenciado en Filosofía por la Universidad de Navarra. Actualmente concluye sus estudios de doctorado en la Universidad de Cantabria.

2 “[...] la escuela de la sospecha [...] la dominan tres maestros (...): Marx, Nietzsche y Freud”. RICOEUR, P. *Freud: una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo XXI, 1990, p. 32 (*De l'interprétation. Essai sur Sigmund Freud*, Paris, Seuil, 1965¹).

teriales, instrumentalizando así a quién le rodea porque en definitiva el “yo” no reconoce la dignidad del “otro”³.

Sin embargo la naturaleza de la persona humana es, en rigor, opuesta totalmente a los postulados de las filosofías “de la sospecha”. La persona posee inserta en su ser una impulsiva llamada natural a conocer la verdad, a buscar el bien y a evitar el mal. Es decir, las acciones de la vida humana aun sin perder nada del carácter de su genuina libertad se orientan conforme a lo que en filosofía se denomina la “ley natural”⁴. Es más, la persona humana – entre sus múltiples manifestaciones vitales– demuestra audacia, optimismo, confianza, generosidad, empatía, humildad, solidaridad y, también, la inherente capacidad de relacionarse con otros⁵. El “yo” de la persona se reafirma cuando reconoce la existencia de un “tú”, completándose su sentido cuando ambos se saben un “nosotros”. Efectivamente, la persona llega a su plenitud cuando individualmente se entrega al prójimo, cuando desde su interior es capaz de ver el rostro humano de quién le rodea⁶.

Pues bien, nuestra sociedad contemporánea actual tiende a enfrentar “gratuitamente” el valor de dos fuerzas que, si se atiende a lo que evidencia y enseña la experiencia histórica de los últimos siglos, conjuntamente conforman un motor un tándem imparabile de oportunidades. Me refiero al artificial “combate” instigado como consecuencia de las filosofías de “la sospecha”, que torpemente oponen lo novedoso contra lo viejo y, de la misma manera, esculpen una falsa imagen de antagonismo entre juventud y ancianidad. Estas sutiles falacias han calado y siguen tristemente influyendo en la opinión pública. Las filosofías de “la sospecha” ponen en duda la legitimidad y vigencia de las tradiciones culturales, políticas y sociales de nuestra sociedad europea occidental, fomentándose la desconfianza sobre “la tradición”, cómo si ésta fuera enemiga del progreso, de lo novedoso, de la revolución. Esta forzada dicotomía conecta con un debate de mayor profundidad: la complementariedad entre progreso y tradición, una reflexión que invita incluso a considerar, a su vez, la armonía entre fe y razón. Efectivamente, se nos trata de narcotizar, se nos intenta manipular, se nos engaña cuando se dice

3 Un sintético repaso sobre los postulados de esos tres filósofos, véase POLO, L. *Nietzsche como pensador de dualidades*. Pamplona, 2005, especialmente capítulos III y IV.

4 CRUZ CRUZ, J. (ed.) *Ley natural y niveles antropológicos. Lecturas sobre Tomás de Aquino. Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria* nº 203, 2007.

5 Recuérdese la afirmación aristotélica: “[...] el hombre es por naturaleza un animal social”. ARISTÓTELES. *Política*. Madrid: Gredos, 1999, p. 50, Libro I, 2, 1253a, 9. PREVOSTI MONCLÚS, A. “La naturaleza humana en Aristóteles”. En *Espíritu. Cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*. Año LX nº 141, 2011, pp. 35-50.

6 Emmanuel Lévinas (1906-1995) realiza un interesante planteamiento sobre la “metafísica del rostro humano”, una toma de contacto: GARCÍA, Juan A. *Introducción a la filosofía de Lévinas. Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria* nº 140, 2001.

que tradición y progreso resultan realidades antagónicas, que viejo y joven resultan opuestas, que razón y fe no pueden ir de la mano. Por el contrario, debe sostenerse que juventud y ancianidad no son estados contrapuestos sino más bien al contrario y, con la misma intensidad, que progreso y tradición, que fe y razón poseen la capacidad de sintonizar y de colaborar conjuntamente a favor del bien común de la sociedad.

La razón de ser de la tradición radica en el progreso

Nuestra cultura europea occidental –cimentada en los pilares de la filosofía griega, el derecho romano y la fe cristiana– relaciona el estado de juventud con los conceptos de inexperiencia, esperanza, progreso y también con fe (entendida como generosa confianza en algo que se espera –una actitud muy propia del joven–). Asimismo, a la vejez o ancianidad se la asocia con conocimiento, prudencia, tradición y también con razón (la cual supone mesura en la afirmación, fiabilidad en la argumentación y verdad respecto a la realidad –atributos que generalmente se desprenden de la sabiduría que atesora el anciano–). Así, mientras que los viejos acumulan razones, los jóvenes derrochan fe.

La persona humana –de acuerdo con la naturaleza de su ser– durante su juventud deposita confiadamente sus incertidumbres en sus mayores (es decir, tiene fe en sus ancianos), empoderándose así a través del enriquecimiento vital que representa recibir la experiencia de sus mayores; mientras que durante su ancianidad proyecta sus esperanzas y mejores anhelos en la juventud, prestándola su apoyo y conocimientos, especialmente los relativos al ámbito de lo práctico (es decir, esgrime razones a favor de los jóvenes). De esta manera, muy a pesar de los falaces e insubstanciales argumentos exhibidos por las filosofías postmodernas, resulta evidente que juventud y ancianidad, que progreso y tradición, en absoluto son categorías antagonistas sino complementarias, que se retroalimentan y ayudan mutuamente para expandirse. Esta idea la sintetiza perfectamente la recomendación atribuida al padre jesuita Ángel Ayala –fundador de la Asociación Católica de Propagandistas–: “hasta los cuarenta años, rodéate de personas mayores de cuarenta; y después de los cuarenta años, rodéate de menores de cuarenta”.

Ciertamente, la energía del estado de juventud encarna la predisposición por el progreso, esto es: por una constante actividad hacia la mejora social, por no conformarse con una respuesta única, por la noble generosidad de entrega a los demás. La ausencia de desconfianzas y celos permite al joven exhibir confianza y audacia para construir una sociedad más plena que

la que ha recibido de sus antecesores (de sus ancianos). Si bien para edificar sociedades-instituciones se precisa de sólidos “ladrillos” (razones). Efectivamente, la conformación de entramados de pensamiento (filosofías) para construir cultural, política y socialmente las sociedades necesita de meditaciones y detenidas argumentaciones y fundamentaciones en conceptos. Todo ello con el paso de los años, de los siglos, configura lo que llamamos “tradición”. Así, las tradiciones se consideran con razón y sin ninguna consideración despectiva ni negativa “construcciones” “antiguas” y “cosas de viejos”.

Resulta justo reconocer que las tradiciones nunca habrían construido la sociedad en la que actualmente vivimos, almacenando nuestro propio conjunto de costumbres, pensamientos y actitudes, si no hubieran tenido la habilidad de ir incorporando elementos de progreso, es decir, de nuevas costumbres, pensamientos y actitudes. Es decir, que sin elementos de juventud, las tradiciones no serían las tradiciones que hoy conocemos. Los jóvenes son portadores y generadores de progreso, de nuevas ideas; su valentía para llevar a término proyectos ambiciosos es lo que precisamente permite a las sociedades mejorar, no anquilosarse. Sin juventud, sin progreso, sin fe en los proyectos novedosos no existirían ni “ancianos”, ni tradición, ni razones que expliquen la realidad. Por lo que, precisamente, para su existencia y pervivencia la tradición depende del progreso. Así, resulta razonable tener fe en los jóvenes. Ésta es una actitud propia de mayores (ancianos), quienes proyectan sus esperanzas de progreso social en los jóvenes. Tener fe en los jóvenes es un perenne argumento esgrimido desde hace ya muchos siglos atrás, una “vieja” razón que continúa vigente: sin el concurso de los jóvenes, el progreso de la sociedad y de las tradiciones que heredan no tendría continuidad. Así, tener “fe en los jóvenes” resulta “una razón antigua”. Por consiguiente, considero que la razón de ser de la tradición radica en el progreso. Es decir: sin progreso no puede existir tradición. Es más: sin progreso la tradición se pierde.

El auténtico progreso no olvida a la tradición sino que se apoya en ella

El auténtico progreso no olvida a la tradición, sino que se apoya en ella. O expresado de otra forma: el verdadero espíritu de progreso, que espontáneamente enarbola la juventud, posee la constante llamada de adquirir el protagonismo del momento presente, precisamente porque encuentra en quien le ha antecedido (el anciano) la experiencia para progresar en la construcción de la sociedad en la que vive. El anciano le entrega el testigo al joven que acabará convirtiéndose, con el paso de los años, también en anciano. De igual manera, el progreso recoge de la tradición sus aciertos y, también, sus errores

precisamente para engrandecer la sabiduría de que ese mismo progreso formará parte. Estas premisas me conducen a afirmar que “la perennidad de lo caduco” resulta aquello que llamamos propiamente “juventud”, o dicho de otra manera: la “juventud” no olvida como referentes a sus mayores, a sus ancianos.

Se atribuye a Bernard de Chartres (ca. 1070-1130) la perenne afirmación: “somos enanos a hombros de gigantes”. Coloquialmente, podría sustituirse por: “nadie nace enseñado”. Aunque, una lectura más académica nos invita a reconocer que en nuestra actividad humana (cotidiana o investigadora) existe alguien que nos antecede y que le ha dedicado tiempo a la actividad que ahora nos ocupa, y que por tanto puede compartir con nosotros su experiencia al respecto. Esa experiencia anterior, ese conocimiento previo al nuestro, se identifica con “la tradición”. En rigor y siendo honestos, se ha de reconocer que sin la ayuda de esa “tradición” no se podría “ver” ni “alcanzar” un mayor conocimiento. Precisamente, los mayores avances científicos tienen en cuenta las experiencias y estudios anteriores. Sin ellos, muy probablemente estaríamos, fatalmente, girando una y otra vez en el eterno retorno de lo mismo y sin llegar a ninguna conclusión.

Así, el mayor progreso resulta una actualización, una mejora, de lo que contiene la tradición; de esta manera, la tradición se convierte en progreso. Comparativamente, podríamos equiparar los enanos con los jóvenes que construyen el progreso, y los gigantes con los ancianos que custodian la tradición. Pues bien, “el anciano” (“presbítero” en griego, que en la Antigua Grecia era sinónimo de sabio “sofós”), siempre ha reconocido que las mejoras sociales vienen de la mano de la simbiosis y colaboración con “el joven”, a la postre entre tradición y progreso. Esta verdad, que ya viene desde antiguo, resulta una vieja razón que no escapa a quien atesora algo de experiencia. Por lo que reconocer el papel que juegan los jóvenes para el progreso de las sociedades resulta un viejo argumento.

Conclusión. ¿Fe en los jóvenes?: razones de viejos!

En definitiva, juventud y ancianidad no son estados de vida enfrentados, sino más bien al contrario: complementarios. Así, el progreso y la tradición, en tanto que representan el carácter de la simbiosis entre juventud y ancianidad, poseen la capacidad de sintonizar y de colaborar armónicamente a favor del bien común de la sociedad. Apelo a la valiente generosidad de los jóvenes y a la prudente experiencia de los más mayores para que con sus vidas reafirmen la perennidad de estas conclusiones que se retroalimentan: “nuestra tradi-

ción es el progreso” y, conjuntamente, “nuestro progreso se fundamenta en la tradición”. De esta manera, ante la pregunta: “¿Tienes fe en los jóvenes?”, necesariamente no puede sino responderse: “¡Por supuesto!, ¿cómo no voy a creer en la juventud?: es una razón propia de viejos!”.